

**T**odo comienza un día nevado, en la calle Fleurus de París, el 9 de enero de 1979. He escrito una novela, es la primera, no sé si es la primera, no sé si escribiré otras. Todo lo que sé es lo que he escrito y que si pudiera encontrar un editor, estaría bien. Si este editor pudiera ser Jérôme Lindon estaría, por supuesto, todavía mejor, pero no soñemos. Un sello demasiado serio, demasiado austero y riguroso, esencia de la virtud literaria, demasiado bueno para mí, no merece la pena intentarlo. Así pues, envío por correo mi manuscrito a algunos editores, que todos rechazan. Pero continúo, insisto, y llegado al punto en el cual soy poseedor de una colección casi exhaustiva de cartas de rechazo, me he atrevido la víspera a depositar un ejemplar de mi manuscrito en la recepción de Les Éditions de Minuit, en la calle Bernard-Palissy, sin ninguna esperanza, única-

mente con el fin de completar mi colección. Y, desilusionado, continúo inundando de ejemplares a los pocos editores, cada vez menos conocidos, a quienes aún no les he remitido el asunto.

Un día nevado, pues, en mitad de la tarde. Acabo de dejar un nuevo ejemplar –he hecho fotocopiar una veintena, algo que me ha costado una pasta, debo decir que en aquella época estaba pelado– en la sede de una editorial prácticamente desaparecida en aquel momento, y cuyo principal interés consiste en su localización, en la calle Fleurus, en la misma casa donde vivió Gertrude Stein. Salgo, bordeo la calle Fleurus hacia el jardín de Luxemburgo y veo llegar a Madeleine, quien me dice que Jérôme Lindon ha telefoneado a casa al final de la mañana, que mi manuscrito parece interesarle, que desea que le llame cuando me sea posible. Son las cuatro de la tarde.

Lo he dicho, estoy pelado, sin la más mínima actividad salarial, y a las cinco tenía una cita con una persona susceptible de contratarme del lado de la plaza de Italia. Entonces, tenemos un “cuatro latas”, vivimos en Montreuil, Madeleine me deja el “cuatro latas” y vuelve a Montreuil en metro.

En la plaza de Italia llamo a Les Éditions de Minuit desde una cabina de teléfono. Me contesta una mujer amable que parece estar al tanto del tema. No cuelgue,

me dice, le paso con el señor Lindon, presidente director general de Les Éditions de Minuit. Es lo que dice, son sus palabras, y no cuelgo. Luego le oigo a él, que me habla enseguida de mi manuscrito, me hace una o dos preguntas y me pregunta la edad. Treinta y un años, le digo. Muy bien, le espero. El problema, digo, es que tengo una entrevista de trabajo a las cinco, pero puedo intentar posponerla. En absoluto, me dice, vaya tranquilamente a su entrevista y después pásese por la editorial. La entrevista profesional no fue demasiado mal, aunque no tenía la cabeza para responder a las preguntas; finalmente, tengo la impresión de ser contratado.

Hacia las seis aparco el coche en la calle Rennes. La mujer del primer piso, sin duda la misma que me ha cogido el teléfono, me dice que el señor Lindon me espera en su despacho. Subo.

De este primer encuentro tengo un recuerdo tan confuso como preciso. Estoy aterrorizado. El señor Lindon es un hombre delgado y alto, de morfología enjuta, con una cara larga y austera pero sonriente, aunque nunca tan sonriente como entonces, y de mirada aguda; abreviando, un hombre muy intimidante que está a punto de hablarme de mi novela con entusiasmo, y yo no contesto nada, no comprendo nada de este entusiasmo. Me hace algunas preguntas sobre mi vida, tengo

miedo de no decir más que disparates y apenas respondo. Le gusta Robbe-Grillet, claro está, me dice convencido, como si mi libro derivase de su influencia. Consentí elípticamente sin confesar que no había leído nada de Robbe-Grillet, nada salvo *Les Gommés*\*; hacía más de una quincena de años. Todo esto, creo, no dura demasiado tiempo, sin duda no más de media hora.

Cerca del final de nuestra conversación me mira bizarramente, con una sonrisita, y negando con la cabeza como si se imaginara de otro modo al autor de esta novela, alguien distinto a este bendito mudo sonrojado que apenas osa mirarlo. Comienzo a temer que, decepcionado por mí, se vuelva atrás respecto a su decisión. De hecho, esta decisión, ¿la ha tomado siquiera? Parece que sí, porque al final de esta entrevista coloca a mi lado tres ejemplares de un contrato de edición para que los firme. Los firmo sin leerlos, lo más rápido posible del miedo que tengo a que cambie de opinión.

Salgo de allí, contrato en mano, todavía no son las siete, el Monoprix de la calle Rennes no está cerrado y me precipito dentro. Como debo doblar el contrato para meterlo en el bolsillo, pero no quiero estropear de

---

\* En España se tradujo como *La doble muerte del profesor Dupont*, Seix Barral, Barcelona, 1956. [N. del E.]

ninguna manera aquel precioso documento, compro una camisa encartonada donde lo inserto con cuidado. Llego a Montreuil. Cuando abro la puerta de casa, veo a Madeleine hablando por teléfono. Le hago un gesto para que no interrumpa la conversación, desenvuelvo la camisa, le muestro el contrato, sonreímos.